

## Introducción

*Cristiana Natali*

*Traducido por Nicola Bardasi*

Maria Paola tiene una sola mano, la derecha.

Cuando empezó a bailar con nosotros me explicó que nunca antes había experimentado ninguna forma de movimiento y que creía que no tenía talento.

Pronto descubrimos en ella una extraordinaria sensibilidad musical, capacidad mimética, fluidez y suavidad.

Al principio, durante las clases de baile, Maria Paola vestía camisetas de mangas largas que daban una imagen de simetría. A finales de año se exhibía con un vestuario que dejaba los brazos totalmente descubiertos.

Cuando le pedí que escribiera unas pocas páginas sobre su experiencia, ya imaginaba que al leerlas me emocionaría. Sin embargo, no me esperaba que sus palabras me llevarían a descubrir aspectos de ella que aún ignoraba.

La idea de este libro nace de esas páginas, que ahora son el segundo texto que aparece en él. A través de las palabras de Maria Paola nos acercamos a una realidad que no conocemos y que ella nos narra de una manera inédita. El resultado de este proceso es una mayor comprensión que se produce gracias a la generosidad de quien acepta compartir con los lectores sus vivencias y experiencias.

Maria Paola, de hecho, hace hincapié en la importancia de la comunicación, del intercambio. Cuando le pregunté cuáles eran sus expectativas acerca de su escrito que estaba a punto de publicarse, ella me explicó:

Me hace ilusión que la gente lo lea.[...] Espero que aquellas personas a las que les cuesta hablar de estos temas, gracias a mis palabras se sientan estimuladas a hacerlo, espero que no tengan miedo.

*¿En qué sentido?*

Creo que es útil hablar, iniciar una comunicación sobre estos temas. Una de las cosas que más he ido notando es la incomodidad que noto en las personas cuando tienen que relacionarse conmigo. Creo que hay personas que se sienten incómodas porque piensan en cosas en las que yo a veces ni me fijo. [...] Muchas veces la gente, al relacionarse conmigo, se hizo problemas que yo nunca me había hecho. Por una parte, creo que es una cuestión de educación porque las personas temen ofenderme – y, de hecho, puede haber personas diferentes a mí que se lo toman a mal. Claro, eso depende también de los problemas de cada uno. Hay problemas mucho más invalidantes que el mío, problemas que crean mayores dificultades. Yo no juzgo a aquellas personas que tienen una discapacidad y si alguien habla del tema se lo toman a mal. Yo también conozco gente así. Pero para alguien como yo es incómodo cuando percibo la incomodidad de la otra persona, porque ahí yo no sé cómo reaccionar. En cambio, si tú me das algún tipo de estímulo y yo te respondo, o yo te lo doy y tú me respondes a mí, ahí sí hablamos realmente, ahí sí surge una comunicación fluida. [Este libro] para mí es una buena ocasión para abrir una ventana. (entrevista a Maria Paola, 2 de enero de 2018)

¿Cuántas ventanas al mundo se pueden abrir? Tantas como las formas de mirarlo, de vivirlo, de percibirlo.

Las autoras y los autores de este libro nos ofrecen, a través de la peculiar subjetividad que caracteriza su escritura, una perspectiva sorprendente.

El volumen recoge textos escritos por personas con discapacidad/DEA<sup>1</sup> que pertenecen a la comunidad de la Universidad de Bolonia (estudiantes, antiguas alumnas y alumnos, estudiantes de

---

<sup>1</sup> Disturbios específicos del aprendizaje como dislexia, disgrafía, discalculía, disortografía, dispraxia.

doctorado, docentes, pasantes, técnicos administrativos), el testimonio de un *tutor* de personas con discapacidad y el de una estudiante que participó en un taller sobre temáticas relacionadas con la discapacidad que la Facultad de Letras y Bienes Culturales organizó en colaboración con la Asociación Accaparlante. Francesco Musolesi y Matteo Corvino quisieron contribuir a este libro a través de entrevistas que, en ambos casos, fueron realizadas y transcritas por Nicola Bardasi<sup>2</sup>

¿Cómo fueron recogidos los testimonios? A través del Servicio de Atención a Estudiantes con Discapacidad/DEA de la Universidad de Bolonia envíamos un correo electrónico a los estudiantes con discapacidad que formaban parte de la lista de direcciones del Servicio, invitándoles a participar en este proyecto mandándonos sus escritos. Quisimos que ese correo apareciera al final de este volumen porque el libro que tenéis entre las manos quisiera ser un punto de partida: la versión *online* del volumen, de hecho, está abierta a la participación de toda persona que desee enviar su testimonio y sumarse al proyecto.

Esta invitación no va dirigida sólo a estudiantes sino también, y de forma especial, a técnicos, *tutores* y docentes con discapacidad. Para estas categorías no existe una lista de direcciones y, por lo tanto, durante el proceso de recogida de los testimonios en esos casos tuvimos que recurrir a nuestros contactos personales que son, por naturaleza, inevitablemente limitados y parciales.

Una advertencia para los lectores: cada testimonio es autónomo y no es obligatorio seguir rigurosamente, al leerlos, el orden en el que los presentamos. Nos permitimos sugerir, sin embargo, que los testimonios de Enrico Franceschi, Luca G. De Sandoli y Matteo Corvino se lean en el orden aquí propuesto para que se mantenga la conexión entre ellos y no se pierdan las referencias internas que los conectan.

Deseamos agradecer a quienes creyeron en este proyecto desde sus comienzos. En primer lugar agradecemos a Costantino Marmo, Presidente de la Facultad de Letras y Bienes Culturales y todos los miembros – estudiantes y docentes – de la Comisión Paritética de la Facultad y todo el personal de la Vicepresidencia de la Facultad, cuya colaboración fue esencial (Donatella Alvisi, Antonio Merli, Annarosa Pasi, Nadia Perri, Moira Venanzi)

Agradecemos también a Ilaria Tamburini, a Francesco Secchieri y a todo el personal del Servicio de Atención a Estudiantes con Discapacidad/DEA.

Para finalizar, gracias a Brenda Benaglia y Roberta Bonetti, quienes leyeron los borradores del libro, y a Enrico Franceschi por la ayuda que nos brindó en la etapa de distribución del volumen.

Pensamos este proyecto como un proyecto en crecimiento y nos haría felices recibir vuestros comentarios sobre este libro a la dirección [cristiana.natali@unibo.it](mailto:cristiana.natali@unibo.it)

---

<sup>2</sup> Nicola Bardasi redactó también las notas del editor.

## **De cómo la danza me echó una mano**

*Maria Paola Chiaverini*

Graduada en Letras, Universidad de Bolonia

*Traducido por Nicola Bardasi*

Unos meses después de conocerme, un querido amigo me confesó que se sintió muy incómodo cuando, al ver que yo estaba en apuros y necesitaba ayuda en algo – ya ni me acuerdo en qué, – me preguntó: “¿Quieres que te eche una mano?”e, inmediatamente después de haberlo dicho, pensó que había metido clamorosamente la pata.

Cuando mi amigo me contó todo eso, me eché a reír porque ni yo pongo en relación el hecho de que me falte una mano con el dicho “echar una mano” que, pensándolo bien, si utilizado para referirse a mí, sería como decirle a un ciego “Nos vemos mañana”.

Siempre que me pasan cosas como estas, no sólo no me ofendo, sino que, muchas veces, tampoco me doy cuenta de ello: yo misma, de hecho, utilizo la expresión “echar una mano”. Estaba a punto de escribir “¿Me echas una mano?” y la cosa es que ahora, al escribir estas líneas, me doy cuenta de que una de las cosas que más me costaba y que, con el paso de los años, he tenido que aprender a hacer ha sido justamente pedirles a los demás que me echaran una mano, pedir ayuda cuando me encontraba en apuros.

Cuando naces con una conformación física diferente a los demás, creciendo miras a tu alrededor y te das cuenta de que hay cosas que no puedes hacer. En mi caso las limitaciones afectan a la manualidad: muy pronto asumí, por ejemplo, que nunca podría tocar el piano. Luego comprendí que eso no era del todo así: cuando aprendes a hacer las cosas, esto ocurre por imitación. Te muestran los movimientos necesarios para atarte los zapatos, ves cómo los demás se atan los zapatos pero tú no puedes hacer esos movimientos porque no tienes dedos. No puedes atarte los zapatos como se los atan los demás, tienes que encontrar tu propia forma de hacerlo, tu propio camino para lograrlo. Encontré mi propia manera personal de atarme los zapatos y también aprendí que los límites estimulan la creatividad porque te obligan a buscar un camino diferente para llegar al mismo resultado al que llegan los demás. Y ese camino no se enseña: tan solo lo puedes encontrar tú mismo.

Todavía hoy mis amigos se quedan encantados al ver cómo me pinto las uñas.

La misma determinación que me empuja a superar mis limitaciones físicas ha ido creando, sin embargo, otras limitaciones. Aprender a pedirles ayuda a los demás cuando no era capaz de hacer algo ha sido para mí mucho más difícil que aprender a atarme los zapatos o asumir que no podría llegar a ser una trapecista por más que de niña me encantara el circo. El orgullo o la vergüenza me impedían admitir delante de los demás un déficit del cual yo estaba perfectamente consciente pero que se volvía aún más real cuando pedía ayuda a otra persona.

Para aprender a pedir ayuda he tenido que hacerme mujer.

Eso de hacerse mujer es, pues, un proceso que tiene mucho que ver con toda la percepción del cuerpo también desde el punto de vista estético, y en esos aspectos la influencia de mi discapacidad ha sido muy fuerte, por lo menos en lo que se refiere a mi vivencia personal. Posiblemente sea un proceso no muy distinto de aquel que vive una adolescente acomplejada porque cree que está gorda, que tiene la nariz grande o porque lleva un aparato de dientes. Me parecía, sin embargo, que ese tipo de complejos eran ante todo subjetivos, al menos en la mayoría de los casos, mientras que mi “problema” era indiscutiblemente objetivo. Además, a diferencia de otros defectos físicos que en cierta medida se pueden corregir, el mío siempre me pareció definitivamente no modificable.

Por otra parte – y sé que esto puede parecer contradictorio – nunca me he planteado, ni siquiera por asomo, la idea de utilizar una prótesis. Siempre he sentido mi pequeña manita con una mezcla de posesividad (“yo soy así, es una parte esencial de mi ser, y que nadie se meta con ella”) y de

ineluctable resignación (“es así y punto, no tuve ni tengo posibilidad de elegir alternativas diferentes”).

Y estas reflexiones contradictorias no se quedan confinadas en tu fuero interno, en un diálogo que llevas contigo misma; al contrario, se reflejan a diario en la mirada ajena. No es nada fácil enfrentar esas miradas porque las reacciones ajenas se escapan totalmente a nuestro control y a veces, por nuestra parte, tampoco podemos reaccionar porque muchas veces los demás no expresan directamente lo que piensan por temor a ofendernos.

Por ejemplo, cuando me encuentro con niños, normalmente ellos me preguntan de inmediato qué le pasó a mi mano, y yo les digo la verdad y contesto a sus preguntas que a menudo me sorprenden y me divierten. Si los padres están ahí cerca casi siempre se sienten muy incómodos ante las preguntas que me hacen sus hijos porque temen que yo me pueda ofender. Entonces, si puedo, les contesto también a ellos, intento hacerlos participar en la conversación que estoy teniendo con los niños: cuando esto ocurre, es algo muy bonito. La mayor parte de las personas con las que me encuentro, en todo caso, no se percatan inmediatamente de mi manita y se da cuenta de eso sólo después, a lo largo de la conversación: que sea así me hace sentir más relajada y, por consiguiente, hace que ellos también estén más relajados.

Los desconocidos, en cambio, a menudo me miran fijamente sin decir nada, y si les devuelvo la mirada bajan la vista. Yo me siento completamente impotente ante ese tipo de miradas. Durante mucho tiempo intenté protegerme de ellas, intenté cubrirme lo más que podía y mostrarme lo menos posible, me cerré ante todo aquello que no conocía. Pero por suerte en la vida pasan cosas que te obligan a salir de tu zona de confort.

La primera de esas cosas para mí fue el amor: cuando amas no puedes evitar mostrarte a la otra persona desnuda en cuerpo y alma, no puedes evitar mostrarte tal cual eres realmente ante una persona cuyo juicio te importa muchísimo. Algunas veces me fue bien, otras me fue mal pero puedo afirmar sin duda que el amor enseña.

La segunda cosa que me obligó a salir de mi zona de confort fue el baile, que descubrí tarde, durante mis estudios universitarios, cuando conocí los ritmos arrolladores de la danza africana. Nunca podré olvidar el momento en el que por primera vez el redoble de los tambores resonó en la sala donde estábamos ensayando: ese sonido derribó una puerta que estaba cerrada en mi interior. De esa puerta fue saliendo una corriente de felicidad cuya existencia yo misma ignoraba. A partir de ese momento esa ola de felicidad ha vivido en mí y corriendo alegremente ha superado mis propios prejuicios y miedos. Esa felicidad me llena y se apodera de mí cada vez que bailo, y es exactamente como cuando te enamoras: tus sentimientos te arrastran y no te importa de nada. Es una sensación tan fuerte y tan hermosa que no puedo permitir que nada ni nadie - ni mucho menos mis miedos - me priven de ella. Y no tengo miedo a bailar en público: yo *quiero* hacerlo, quisiera que todos compartieran esa felicidad mía, una felicidad que me supera.

Cuando me paro a pensar, me doy cuenta de lo afortunada que he sido. Si alguna vez me veis bailar, no hará falta preguntarme si estoy feliz.